



- ◆ Trabajo realizado por la Biblioteca Digital de la Universidad CEU-San Pablo
- ◆ Me comprometo a utilizar esta copia privada sin finalidad lucrativa, para fines de investigación y docencia, de acuerdo con el art. 37 de la M.T.R.L.P.I. (Modificación del Texto Refundido de la Ley de Propiedad Intelectual del 7 julio del 2006)



El sentido de la diversión en la familia

Aquilino Polaino-Lorente

INTRODUCCIÓN

A los padres compete la educación de sus hijos. Esta función primordial de los padres va casi siempre envuelta en un halo de responsabilidad y exigencia. Y, en cierto modo, así conviene que sea. Sin embargo, la educación de los hijos no debiera contemplarse desde sólo la perspectiva de la responsabilidad. La educación consiste principalmente en hacer crecer al educando, en educir y sacar de él lo mejor que hay en sí mismo, en hacerle feliz. Y esta tarea tan grandiosa y magnánima no debiera contemplarse desde una perspectiva cuando menos esforzada y, en bastantes ocasiones, infeliz.

Hacer felices a los demás —que eso es la educación— puede y debe ser también una tarea divertida. Por eso los padres debieran olvidarse un poco de tantos sacrificios como hacen y de la gravedad que conlleva su misión y aprender que educar es un proceso divertido, que puede hacer feliz tanto al educando como al educador. De otra parte, ¿cómo puede ser frustrante una actividad cuyo fin no es otro que hacer felices a los hijos? Los padres deberían pasárselo bien cuando educan. Lo mismo debiera acontecer a los profesores. Pues, en eso consiste la esencia de la educación: en la felicidad.

Quede claro, pues, que toda educación tiene mucho de diversión, de juego, de actividad felicitaría. Ahora bien, aunque los anteriores conceptos constituyen el entramado sobre el que se alza el proceso de enseñanza-aprendizaje, no obstante, hemos de considerar de un modo más espe-

cífico la educación de los hijos en la diversión. Esto quiere decir que, así como los padres pueden educar a sus hijos en la sinceridad, la laboriosidad, la puntualidad, etc., también pueden y deben hacerlo en la diversión, es decir, en la capacidad para holgarse y cultivar el ocio, mientras se solaza el espíritu. En las líneas que siguen trataremos pormenorizadamente de esta concreta cuestión en la educación familiar.

LA JUVENTUD ACTUAL, ENTRE EL ABURRIMIENTO Y LA ACEDÍA

La vitalidad juvenil, el ritmo de su vida diaria, es, obviamente, mucho más rápido que el de los adultos. En algunos casos roza casi lo frenético. Hasta cierto punto, sería válida la afirmación de que los niños y los jóvenes son naturalmente hiperactivos. Es decir, su actividad es incesante, trepidosa, imprevista. Y esa actividad se muestra, además, incansable. Los jóvenes están casi siempre desasosegados, lo que significa que muestran una cierta incapacidad para el ocio.

Por otra parte, nunca como hoy han tenido los jóvenes tantos medios y posibilidades para ocupar con aprovechamiento su tiempo libre. En la actualidad, disponen de cientos de deportes (esquí acuático, vuelo sin motor, *parapenting*, ala-delta, además de todos los tradicionales y los que la inquietante imaginación del hombre contemporáneo va innovando), de juegos (videojuegos, etc.), de viajes (la mayoría de los jóvenes han salido de su país varias veces), de nuevos aprendizajes (idiomas, informática, ordenadores, *bricolage*, etc.), de

les contribuyen a resucitar obsoletos mitos primitivos. En estas circunstancias, ante los conflictos, el hombre no se adentra en sí mismo para resolverlos, no hace cuestión de sí, sino que al experimentarse como un ser desamparado en el mundo busca confundirse en el "refugio" del caleidoscopio de las cosas fugaces y reiterativas para, de esta forma, tratar de olvidarse de sí. Emerge así la figura de Dionisos, "que danza y cae extenuado, al que destrozan y vuelven a componer" (Polo, 1991, pág. 238). Es la consecuencia de la inmersión en un tiempo cíclico y amenazante del que el hombre desesperado no puede escapar; la vida se torna entonces apenas una opción para la excitación (rock duro, sexo, droga, etc.), la embriaguez (consumo de alcohol), la danza (el *bakalao*), la recaída, y la salida de la recaída para, el próximo fin de semana, volver a recaer. Esto sucede cuando la existencia no da ya más de sí y necesita, forzosamente, de una inyección de vigor artificial y prestado. La entrega al mito dionisiaco pone de manifiesto el vacío de la propia existencia y el grito de desesperación de quien en ella se pierde por no hacer pie.

La idea de composición y de recomposición sugiere la rebeldía del hombre ante el sinsentido de su vida. En realidad, no es sino el mito que da expresión a lo meramente combinatorio: la ruptura en fragmentos de la estructura personal y biográfica que, posteriormente, se recompone en una nueva estructura para más tarde volver a deshacerse. Estas rupturas y recomposiciones sucesivas de la propia vida surgen como la única arma que se emplea contra el tedio y la monotonía, a pesar de su ineficacia. Pero ni el tedio ni la monotonía se resuelven en la búsqueda alienante y esperpéntica de novedades fugitivas. Y es que del desorden provocado por el mito báquico jamás podrá emerger el orden, la paz consigo mismo y la serenidad que tanto se anhela. Pero el encadenamiento de tantas incoherencias y errores hacen que el hombre vaya dando tumbos, de un choque a otro, sin jamás detenerse a ser por fin el que es. Esta situación da la razón a Shakespeare, quién afirmó que "la historia parece un cuento de crímenes narrado por un loco". La instalación del joven en la *aurea mediocritas* de Horacio, puede llegar a perpetuarse, con lo que ello tiene de ruina y acortamiento de la propia vida.

La crítica que es preciso hacer aquí al estilo de vida dionisiaco puede concretarse en tres frentes diferentes que denominaré con las cuatro proposiciones que siguen:

En primer lugar, *lo novedoso no es lo innovador*. El mito del progreso, en el que todavía alguno creen hoy, no se centra en lo que el hombre es y vale, en lo que puede hacer de su vida con el curso de su libertad. Lo novedoso remite a lo técnico. Se postula que los nuevos hallazgos de la técnica serán la solución para resolver sus problemas personales. Pero ninguna técnica puede erradicar el tedio de la vida humana; ninguna novedad puede hacer que emerja la paz en el espíritu. La innovación del hombre no se alcanza por la entrega a lo novedoso. Elegir sólo lo novedoso por sus apariencias, supone la trivialización de la libertad.

En segundo lugar, *lo caleidoscópico no es lo creativo*. La entrega de la atención a los cambios incesantes y vertiginosos de realidades fragmentarias e inconexas sirve más para la confusión y atontamiento que para el resurgimiento de una tarea creativa por cuya virtud se alcanza la "metanoia" personal. Ciertamente que el reagrupamiento de la vida fragmentaria muy frecuentemente se configura de una forma nueva. Pero como tal reagrupamiento se ha hecho de espaldas a cualquier criterio, nada puede garantizar que la nueva textura biográfica así configurada permita dar alcance a la verdad de lo que se es.

En tercer lugar, *la rigidez no puede generar la flexibilidad*. Por muy repetitivas que sean las situaciones dionisiacas, por muy vertiginosas que sean los cambios que éstas generan, al término de ellas sólo encontraremos una nueva situación rígida: desde la que volver a empezar a escapar del fastidio y del aburrimiento. La flexibilidad es otra cosa. La flexibilidad tiene que ver con la adaptación a la realidad, con una adaptación que, más allá de todos los cambios, es respetuosa con lo que no cambia, con el ser que se es. La rigidez —precisamente por su incapacidad para la flexibilidad y la adaptación— puede reiterarse cuantas veces se quiera o puede romperse, pero jamás adaptarse. El hecho de que se reitere no la hace más flexible. Y el hecho de que se rompa no la hace más adaptativa.

Por último, en cuarto lugar, *lo instantáneo nada tiene que ver con un proyecto biográfico autorrealizador*. Los jóvenes de hoy —y en esto sus relaciones con los automatismos mecánicos acaso tengan una cierta responsabilidad— están acostumbrados a hacer *click* cada vez que desean algo. Si desean ver la televisión hacen *click* (aprietan un interruptor e inmediatamente aparece la imagen en sus pantallas; si desean dinero hacen "click" con su tarjeta de plástico y el dinero se hace presente; si desean tabaco pulsán un botón en una máquina automática y se les sirve una cajetilla a la vez que

se oye una voz metálica que les da las gracias. Esto significa que, más allá que todos los adelantos que la tecnología supone, sus deseos son inmediatamente satisfechos, sin necesidad de realizar ningún esfuerzo. De aquí que los jóvenes de hoy sean incapaces de concebir proyectos de largo alcance, en los que para alcanzar ese determinado fin resulte imprescindible el paso del tiempo, la duración, la espera y la esperanza. Lo que mucho vale mucho cuesta, reza el viejo refrán castellano. Por eso, para conquistar un gran ideal —eso es, un proyecto— hay que tolerar, entre otras cosas, la frustración que supone el paso del tiempo y la lucha continuada y constante a pesar de que no haya, en apariencias, ningún resultado. Esta prisa por la satisfacción puntual e inmediata es algo que caracteriza a la juventud contemporánea. Ya lo dijo Unamuno al sostener que “los españoles tienen exceso de codicia y falta de ambición”.

Lo que ahora aparece como novedoso entre los jóvenes es precisamente la escasa tolerancia a la frustración que supone la espera. Y esto exactamente es lo que hace que muchos de ellos sean incapaces de diseñar, con entera libertad, un proyecto ambicioso para sus vidas. Se han vuelto tan codiciosos que sólo aspiran a la empobrecedora satisfacción hedónica de lo que se les da en un instante fugitivo (“aquí te cojo, aquí te mato”). También por eso les falta ambición, esa capacidad de deslumbrarse ante un valor lejano y grandioso que es preciso conquistar y que no permite ahorrar ninguna energía hasta darle alcance, cualquiera que sea el tiempo que ello les lleve.

Frente a la grandeza de la ambición, algunos optan por la pequeñez de la codicia. Pero la ambición hace referencia a la libertad, al compromiso con lo elegido, a la perseverancia en la tarea que se emprendió, poco importa que sea mucho o poco el esfuerzo y el cansancio que haya que poner en ello. Por contra, la codicia hace referencia a lo instantáneo, a la seguridad, a la consumación de lo que circunstancialmente acontece a nuestro alrededor. Por eso mismo el codicioso vive al instante y es dependiente de los estímulos que le rodean. En cambio, el ambicioso vive proyectado hacia el futuro, puesto que concibe un proyecto, lo elige, se compromete con él y se autoproyecta a sí mismo, en aquello con lo que se ha comprometido. Por eso mismo el hombre ambicioso es más libre (porque depende sólo de él y de lo por él elegido) y mucho menos dependiente de los estímulos que están en su entorno (que por no haberlos elegido y distraerle de la realización de su proyecto personal, aunque, en cierto modo, también le atraigan, los trata con indiferencia).

No, lo dionisíaco es mal compañero de viaje en la tarea de hacerse hombre. Por todo lo que ya

hemos dicho líneas atrás, no parece sino que lo dionisíaco atomiza la vida humana. Por entregarse a lo novedoso, a lo instantáneo, a lo rígidamente caleidoscópico y fugitivo, el hombre dionisíaco carece de proyecto, carece de un plan acerca de lo que quiere ser. Como, por otra parte, sus compromisos son apenas instantáneos, volátiles, ocasionales y circunstanciales, la suma de todos ellos no le sirven para vertebrar su existencia. Por eso el hombre dionisíaco es un hombre circunstanciado, un hombre que no elige lo que quiere ser, sino que se entrega a lo que las circunstancias hacen o deciden de él. En realidad, el hombre dionisíaco no elige, sino que las circunstancias eligen por él. Por eso también su trayectoria biográfica es no tener trayectoria alguna. Al no disponer de ningún proyecto, las cosas acontecen en él pero sin integrarlas, sin unir las, sin vertebrarlas ni asumirlas alrededor de un eje unitario que le haga ser en el futuro la persona que quiso ser.

EL SENTIDO DE LA DIVERSIÓN EN LA FAMILIA

He descrito, líneas atrás, la situación de algunos sectores de la juventud actual. He de afirmar que, afortunadamente, hay muchos jóvenes que no responden a este patrón. No obstante, he considerado necesario informar de ello por entender que era una exigencia irrenunciable para tratar de comprender cuál es el sentido de la diversión en la familia (continúo pensando que el término de frónesis es más riguroso que el de diversión, a pesar de lo cual usaré aquí este último por ser más universalmente empleado en el uso coloquial del castellano).

El hilo del discurso anterior nos conduce a establecer una conclusión: los niños y jóvenes se divertirían más y serían más felices si se conociesen mejor, si no buscaran tanto las fuentes de esa diversión fuera de ellos, en lugar de en su intimidad. La capacidad de divertirse tiene mucho que ver con el ocio, como hemos observado anteriormente. Y el ocio es el escenario natural para el juego, especialmente cuando en el ocio se reintroduce nuestra vida como juego.

El juego supone la asunción, desde su inicial punto de partida, de que hay muchas alternativas para cada una de las actividades emprendidas, la mayoría de las cuales pueden ser excelentes. Todo juego ha de tener un mínimo de reglas a las que atenerse, porque si se suprimen todas las normas que lo regulan, el juego deviene en una actividad sin sentido y, por consiguiente, aburre y produce fastidio. El juego es divertido precisamente porque está regulado por normas: pocas, claras y bien establecidas. Esas normas no constriñen la liber-

tad sino que la orientan y enmarcan para que el hombre sepa a qué atenerse. En cierto sentido, cabe decir que las normas por las que se regula un juego amplían nuestra libertad. Precisamente, porque estimulan nuestra atención y nuestra inteligencia ante un reto: el de saber encontrar la mejor opción posible entre muy diversas alternativas para solucionar un problema.

El acicate que supone este estímulo para nuestra inteligencia es lo que la hace crecer. Un juego así concebido no es sino un problema que nos interpela y desafía reclamando una solución a nuestra inteligencia. El juego es un entrenamiento que hace que el hombre sea un ser con capacidad para resolver problemas. Y esta capacidad para solucionar problemas es lo que hace al hombre feliz; tanto más cuanto que el problema que ha de resolver es el de su propia vida: qué hacer con la vida propia. Entendido así el juego como el problema de la vida personal, juego y proyecto biográfico coinciden.

Todo hombre quiere saber. Es ésta una verdad que viene repitiéndose desde que la formuló Aristóteles hace ya veinticuatro siglos. Y saber acerca de sí, puesto que, por amor propio, el saber que más anhela cada persona es acerca de aquello que más quiere, es decir, su propio ser. Para cada persona lo más interesante es su propio ser. Por consiguiente, podemos concluir que los hijos se divierten en el contexto familiar, en la medida que juegan y resuelven el problema de sus propias vidas a través de los proyectos que, como personas, han concebido y tienen en el contexto del ocio familiar. A nadie se le ocurrirá sostener que proyectarse en lo que uno proyecta ser o hacer de su propia vida es un trabajo hercúleo. Porque en el proyecto de convertirse en persona, hay muy pocas restricciones normativas, apenas alguna limitación temporal o espacial y, a qué dudar, un vasto y magnánimo ámbito de libertad. Concluamos, pues, en que los hijos se divierten más cuanto mayor alcance y mejor diseñado esté el proyecto por el que han optado libremente para llegar a ser la persona que quieren ser. Y esta especial actividad lúdica es plenificadora y, por eso mismo, felicitaria y divertida.

Pero volvamos al tema que nos ocupa. Se trata de hablar del sentido de la diversión en la familia. Esto significa que hemos de introducir a los padres y hermanos en el divertimento que es la formación de los hijos. Resulta paradójico que, con frecuencia, los padres lo pasen tan mal cuando se trata de la educación de sus hijos. ¿Es que acaso no saben divertirse? ¿Es que la educación de sus hijos no es una actividad que se ordena a la felicidad? Si los padres no saben divertirse con sus hijos es que,

probablemente, no tienen un proyecto como padres. En ese caso, el problema no está en los hijos, sino en los padres. Y, por consiguiente, lo mejor que podrían hacer para aprender a divertirse con los hijos sería concebir un proyecto, en tanto que padres.

Respecto a la segunda cuestión, he de afirmar que la educación es el proceso por cuya virtud se ayuda al educando a ser feliz. En el fondo, toda educación o es educación para la vida feliz —educación en la felicidad— o no es tal educación.

De admitirse la afirmación anterior, no se comprende cómo los padres puedan sentirse infelices por el hecho de tener que educar a sus hijos. Resulta cuando menos contradictorio que los padres traten de hacer felices a los hijos, simultáneamente que a través de ese mismo proceso ellos se sienten desgraciados.

La educación familiar no se restringe ni coincide con la educación formal, es decir, con la que se imparte en la escuela. Los padres educan a sus hijos en todo y tomando ocasión de todo lo que acontece en la vida. Es obligación de los padres educar en la alegría, en la lealtad, en la fortaleza, en el ocio, en la generosidad, es decir, en todo. Y eso porque el ser desvalido e indefenso que es cada hijo necesita ser educado *en todos los valores*. Pero como los valores son indefinidos en su número y el hijo un ser abierto e irrestricto (potencialmente sin limitaciones o con muy pocas), que por su natural indefensión no dispone de ningún marco axiológico determinado, los padres están naturalmente forzados a hacerlo.

Pero también los padres han de educar a sus hijos, principal aunque no exclusivamente, tomando ocasión de todo lo que les acontece, también en sus propias vidas. El modo en que un padre responde ante una fiesta de cumpleaños, el frío, el insomnio o una contrariedad laboral sirve también —y mucho— a la educación de los hijos. Y es que los padres constituyen el modelo natural más próximo a los hijos, lo que éstos tratan de imitar y más tarde interiorizar hasta identificarse con ellos. Por consiguiente, cualquier comportamiento de los padres tiene ya un valor educativo en los hijos y es que, como dice el refrán, "fray Ejemplo es el mejor predicador". Por eso, precisamente, es tan difícil ser, en tanto que padre, un buen educador. Porque los padres están siempre como en un escaparate y hagan lo que hagan serán observados y juzgados por sus hijos. De aquí que la profesión de padre —si es que se puede hablar así— sea, a mi entender, la más difícil de todas.

Por otra parte, cada hijo en el momento de nacer es ya en sí mismo una cierta perfección: la perfección de ser, puesto que el ser es inconmensurablemente más perfecto que el no ser, que la nada. Admitamos, por el momento, que cada hijo en el momento de nacer tiene ciertas perfecciones iniciales. Pero esas perfecciones no son todo lo perfectas que debieran ser; son sí, perfecciones, pero que están llamadas a completarse en el tiempo. Por consiguiente, podemos concluir que esas perfecciones iniciales son perfecciones perfectibles, mejorables, optimizables. Pues bien, la educación no es otra cosa que el proceso mediante el cual se ayuda a los hijos a realizar, en su más alto grado, las perfecciones iniciales con que vienen a este mundo. El desarrollo de esa perfectibilidad de las perfecciones iniciales es lo que se conoce con los términos de felicidad, persona y educación.

Los padres debieran sentirse felices desarrollando las perfecciones de sus hijos, que es a su vez lo que de verdad hace a éstos felices. Si una persona contribuye a hacer feliz a otra —a pesar del esfuerzo que ello suponga—, necesariamente esa persona habrá de ser feliz; no tanto por lo que espera que la otra persona le retorne un día lejano, como porque por naturalidad y participación los padres se sienten implicados y personalmente satisfechos con la felicidad de sus hijos. Para cualquier padre su mayor gozo es que sus hijos sean felices. La felicidad de los hijos corona de felicidad la cabeza de los padres.

Concebida de este modo la educación, la misión de los padres consiste en motivar a los hijos —además de enseñarles a desarrollar estas perfecciones— a ser felices; es decir, en definitiva, a conocerse, a ser lo que cada uno quiere y debe ser.

Con harta frecuencia, ocurre, sin embargo, que los hijos no se conocen a sí mismos. Dos son en este punto los errores más frecuentes. En primer lugar, *el error de infraestimación*, que consiste en autovalorarse a sí mismos en menos de lo que valen. Muchas veces he descubierto cómo ciertos alumnos que creían no tener capacidad alguna para estudiar estadística, por ejemplo, estaban dotados de unas excelentes capacidades para ese aprendizaje. Pero si, como ocurría, desconocían e ignoraban su propia capacidad, lo lógico es que no aspirasen a perfeccionarla, se desmotivaran ante cualquier pequeño problema y acabaran por abandonar su estudio, afirmando que “yo no sirvo para esto”. En esas circunstancias, bastó con ayudarles a conocerse mejor —a descubrir esa capacidad propia—, para que fueran felices obteniendo brillantes calificaciones en esa disciplina.

En segundo lugar, *el error de sobrestimación* consiste en atribuirse, sin ningún fundamento las más de las veces, una perfección, capacidad o destreza que en absoluto tienen. Éste es el caso, por ejemplo, de alguna alumna que soñaba con que llegaría a ser una excelente escritora sin que jamás hubiera escrito ni una cuartilla. Un buen día, cuando estaba ya persuadida de su excelente capacidad, se puso a hacerlo y apenas si garabateó dos frases inconexas, que cualquier chico de bachillerato hubiera redactado mejor. A esta experiencia de descubrir su escasa capacidad como escritora, siguió en seguida la frustración, la angustia, el rechazo de sí misma, es decir la rabieta de no aceptarse como era. Y esta rabieta invita casi siempre a la desesperación y el patetismo, puesto que lo primero que el hombre tiene que aprender es a aceptarse a sí mismo tal y como es. Sin la previa aceptación de uno mismo, cualquier cambio que se intente está llamado al fracaso. Pero, ¿cómo ser capaz de escapar de uno mismo? ¿A dónde huir sin dejar atrás lo que uno es? He aquí algunas razones para insistir en que es misión de los padres enseñar a sus hijos a conocerse a sí mismos, tal y como son en la realidad: con sus defectos y virtudes, con sus capacidades y déficit, con sus perfecciones e imperfecciones. Cuanto más real sea este conocimiento tanto más corto y certero será el camino que hay que andar para convertirse en persona. Cuanto más real sea este conocimiento tanto más fácil será el proceso de perfeccionar las perfecciones iniciales.

El hecho de que la perfección inicial con que un hijo llega a este mundo sea una perfección perfectible nos indica que esa persona es, pero no está hecha, es decir, que tiene que realizarse a sí misma realizando en ella y llevando a la plenitud la perfección inicial en que consiste, una tarea que es no sólo divertida sino fascinante: la aventura de vivir y de realizar la propia vida personalmente.

Toda perfección perfectible, en tanto que es perfeccionable, indica que es defectuosa, es decir, que es una perfección imperfecta, que hasta que no se complete es una imperfección. ¿En qué consiste la educación de los padres en la diversión? En contribuir amorosamente a que esa perfección inicial en el hijo sea una perfección plena. Si por error de los padres el hijo no desarrollara esa perfección como debiera, como está llamada a ser, la educación de sus padres sería defectuosa. Y si fueran conscientes de ello, su actividad como educadores sería negligible, culpable y aun punible y castigable. Otra cosa muy distinta es que —una vez que los padres han educado bien a su hijo— éste, haciendo uso de su libertad, no quiera llevar a la plenitud la perfección inicial que

tenía. En este último caso, cuando se dan las condiciones anteriores, sólo el hijo sería culpable.

¿Es que acaso todo este proceso, siendo tan importante, no es también divertido y apasionante? ¿Hay algún juego más entretenido y valioso que éste? Recuérdese aquí lo que dijimos respecto de los juegos: pocas normas para resolver problemas y el conocimiento de que hay muchas soluciones alternativas posibles. Ciertamente, la educación de los hijos es un juego maravilloso, el mejor y más valioso de los juegos posibles. Es el mejor, porque allí se concitan dos libertades: la de los padres y la de los hijos. Un padre, que sea buen jugador, ha de pensar antes de hacer su jugada en la posible jugada que hará el otro, el hijo.

En este proceso está en juego no sólo la libertad de ambos, lo que ya es mucho, sino el hecho de convertirse en persona, en la persona más perfecta que, libremente, uno quiere y debe ser. En el juego de la educación familiar ambos, padres e hijos, se juegan su felicidad personal. ¿Hay algo más arriesgado y apasionado que esto?

¿Cómo explicar, entonces, la pasividad de algunos padres en el proceso educativo de sus hijos? ¿A qué están jugando? ¿Puede ser un padre buen jugador cuando aparentemente sólo juega a que su hijo no tenga ningún problema? ¿Es que acaso el acrecentamiento en el perfeccionamiento personal no puede ser formulado como un problema, en cuya solución debe acertar el padre, a través de sus intervenciones en el juego de la educación? ¿No se incrementará tal vez la perfección de los padres, en tanto que padres, simultáneamente que contribuyen a aumentar la perfección de sus hijos? ¿Y no les va acaso en este juego fascinante, arriesgado y difícil, su propia felicidad de padres?

En otras ocasiones, los padres se quejan de estar aburridos con sus hijos, de no saber qué hacer con ellos. Dijimos al principio del capítulo que la experiencia del aburrimiento acontece cuando una persona se ha vuelto ininteresante para sí misma. ¿Quiere esto decir que para los padres aburridos su hijo se ha vuelto ininteresante, un alguien indiferente por el que nada sienten? No. A pesar de que en ciertas ocasiones las madres se quejen de que sus hijos las tienen ya aburridas, son sin embargo sus hijos las personas que por sí mismas les resultan más interesantes.

A la luz de las consideraciones anteriores parece conveniente estimular en los padres un espíritu más lúdico y deportivo cuando tratan de educar a sus hijos. Esto significa que han de decidirse a pasárselo bien con sus hijos, a disfrutar con ellos y de ellos, a jugar entre ellos. A la educación fami-

liar le sobra patetismo y le falta buen humor; le sobra ese aire de tragedia, que llega a asfixiarla, y le falta el viento fresco y festivo de la comedia; le sobra mucha rutina y cansancio y le falta creatividad y vitalidad juvenil, cualquiera que sea la edad que se tenga, además de cierta dosis de confianza en que lo que se está haciendo es lo más valioso de todo cuanto se pueda hacer. También los padres cometen muchos errores de infraestimación respecto de sí mismos, que deberían corregir. En mi opinión, es más importante desvelar en los hijos lo que tienen de bueno y manifestárselo, que no prestar atención a sólo sus defectos, aunque fuere con la noble intencionalidad de corregirlos.

En consecuencia con ello, los padres han de acortar distancias con sus hijos, apearse del "pódium" formalizador de la autoridad que no tienen, para ir a su encuentro y entreverar sus vidas con las de ellos. Si este juego maravilloso fuera el más atractivo para los padres, el que más les divierte, de seguro que entonces sacarían el tiempo necesario de donde fuera menester para compartirlo con sus hijos, para dialogar con ellos, en definitiva, para salir de sí mismos y decididamente ir a su encuentro.

Cualquier padre tiene suficiente experiencia de que esto es así. Es posible que muchos de ustedes recuerden aquella tarde del día de Reyes, con toda la casa alborotada, en la que todos, padres e hijos, jugaban y se divertían con los nuevos regalos. Y aquel partido de fútbol que padres e hijos compartieron frente al televisor, a pesar de ser partidarios de equipos contrarios. Y aquella tarde en que la madre se sentía dichosa invitando a merendar a su hija en una cafetería y hablando con ella de mujer a mujer. Y aquella excursión, que resultó un tanto arriesgada, pero que mucho sirvió para conocerse unos a otros. Y aquellos instantes de ternura, cuando los hijos eran muy pequeños, en que el padre entraba silenciosamente en su habitación para arroparles, porque se habían desatapado. Y... tantas mañanas y tardes y noches más, que ustedes podrían describir con tanto realismo.

En realidad, cuando admiramos a una persona, lo que admiramos son los valores que se han encarnado en ella. Y la admiramos tanto más cuanto más valores haya realizado en sí. En el fondo, lo que nos gustaría es parecernos a ella, es decir, tener los valores que ella tiene. Y es que los valores, una vez que se han implantado, encarnado y acrecido en nosotros, son los que nos hacen valiosos. Cuantos más valores —o perfecciones— hayamos desarrollado, tanto más felices seremos, y —lo que es más importante— tanto más fácilmente haremos felices a los que nos rodean. Ser valioso

no es una vocación para el narcisismo, sino una capacidad más que, por su propia naturaleza, se contagia y se dona gratuitamente a los demás. Y si es verdad que contribuimos a que los demás sean más valiosos, a que sean más felices, ¿cómo es posible que siendo los padres también valiosos y causa de la valía y de la felicidad de sus hijos, puedan sentirse desgraciados?

Afirmar al hijo en su propio valer —enseñarle a conocer cuáles son sus propios valores para así

desarrollarlos mejor— constituye el mejor modo de prestarle la ayuda necesaria para que en el futuro él mismo sea más valioso. Pero al afirmar al hijo en tanto que hijo, inevitablemente los padres se autofirman a ellos mismos, en tanto que padres. El amor más fuerte —también más gallardo, pujante y generoso que los padres tienen— está referido siempre a sus hijos. Por eso mismo, ¿hay algo más divertido, engrandecedor y perfectivo para los padres que el hecho de afirmar en el amor, con amor y por amor a los propios hijos?

Bibliografía

- Piaget, J. (1967). *Vida intelectual del niño*.
Polo Barrena, E. (1967). *Quién es el hombre?*.
Madrid.
Tomás de Aquino. *Theologia*, II, II, 118.
Tomás de Aquino. *Theologia*, II, II, 118.
Revers, W. J. (1955). *Logia del aburrimiento*.
Occidente, Madrid.